NOTAS

Isasin oi mémuèménoi.
Edocti intelligebunt.
Chrysost., Hom. 67, in *Gen.*

NOTAS SOBRE LA ANAGOGIA (47)

Cuando del Creador la palabra fecunda
En una hora fatal hubo creado el mundo,
De los gérmenes del caos,
De su obra imperfecta apartó su rostro,
Y con pie desdeñoso lanzándole al espacio,
Volvió á su reposo.
El mal desde entonces reinó en su inmenso imperio,
Desde entonces todo lo que piensa y todo lo que respira
Comenzó á sufrir;
Y la tierra, y el cielo, y el alma y la materia,
Todo gimió, y la voz de la naturaleza entera
No fué más que un largo suspiro.
Alf. de Lamartine. *Medit.* 6.

«El sentido anagógico, dice el reverendo padre Lamy (*Introducción á la Santa Escritura*, lib. II, cap. II), explica, acerca de la felicidad eterna, lo que se refiere en la Escritura sobre la Tierra prometida. La Jerusalem de la tierra, es la Jerusalem celeste; el hombre formado al principio de la tierra, animado en seguida

(47) *Anagogia*, investigación del sentido místico de las Escrituras, elevación del espíritu hacia las cosas divinas; del griego Anagoge, formado de Ana hacia arriba, y de Ago, yo conduzco.

por el soplo de Dios, es la imagen del hombre revestido de un cuerpo corruptible, que resucitará inmortal un día. Hay que observar aquí que los profetas habían predicho lo que debía acontecer á Jesucristo y á su Iglesia así por sus acciones como por sus palabras. El profeta Oseas, casándose con una mujer de mala vida, representa á Jesucristo, que mediante su unión con la Iglesia la ha purificado de todas sus manchas. La serpiente de bronce elevada en el desierto, era la figura del Salvador elevado en la cruz. La ley de la circuncisión no ordenaba literalmente que se circuncidara la carne, sino que en sentido espiritual significa la circuncisión del corazón por lo cual los cristianos deben apartar y reprimir los deseos que pudieran ser contrarios á la ley de Dios.

Según esta interpretación metafórica todo el Antiguo Testamento no es más que una figura, un claroscuro: por esto San Agustín (*De Trin.*, lib. I, cap. II), ha observado con razón sobrada que los autores sagrados recurren á las palabras figuradas cuando no las encuentran propias para expresar sus ideas. De ellas se sirven como velos para ocultar lo que el pudor prohibe decir en ocasiones. Así, dice aquel Santo, con la palabra *pie*, la Escritura comprende todas las partes inferiores del cuerpo; testigo el ejemplo siguiente: «Sephora cogió una piedra cortante; cortó el prepucio de su hijo y tocó sus *pies*.» «*Túlit illico Sephora acutíssimam pétram, et circuncídit præpútium filii sui; tetigitque pedes ejus.*» (*Exod.*, cap IV, v. 25).

En este pasaje la Escritura echa mano de una palabra honesta en lugar de una que no lo es. Pero ¡no importa! Su estilo tan sublime y tan sencillo, la elevación de sus pensamientos y lo brillante de las metáforas de que Dios hace por doquiera tan digno y frecuente uso, conviene á los hombres tanto más cuanto, creados á su

semejanza, era preciso, para que le comprendieran, que apropiara su lenguaje al de su pueblo y se conformase á sus ideas y á su manera de concebir. Esta es sin duda la razón porque la Biblia, hablando de Dios, nos lo representa sin cesar como si tuviera un cuerpo semejante en un todo al nuestro, con nuestras pasiones, nuestros vicios y nuestras virtudes. Si, pues, le atribuye cólera, piedad, furor, y le da ojos, boca, manos y pies, no hay que tomarle al pie de la letra, sino tal como nuestra imaginación tiene la costumbre de figurárselo, á pesar de los destellos de nuestra débil razón y de la fe divina que nos ha sido revelada de toda eternidad. Si hay, por consiguiente, personas bastante groseras para equivocarse acerca del sentido anagógico de la Biblia, hay que tenerles piedad é implorar para ellas la infusión del Espíritu Santo.

Pero el lector está suficientemente ilustrado acerca de la explicación de un título que Mirabeau, no se sabe por qué, ha juzgado oportuno dejarlo en griego, y comprenderá sin duda el misticismo de esta obra.

Página 20.—«Anos de oro curaban las hemorroides.»

En el año del mundo 2860, Ofni y Finées, dos hijos del gran sacerdote Helí dormían con todas las mujeres que acudían á la puerta del Tabernáculo: «*dormiebant cum muliéribus quæ observabant ad óstium Tabernáculi.*» (*Reyes*, lib. I, cap. II, v. 22). El viejo, sabedor de tales desórdenes, reprendió paternalmente á sus hijos, quienes á pesar de los sabios consejos que les dió acerca de los deberes de los sacerdotes que de tal suerte violaban, no hicieron el menor caso de sus palabras, «*non audierunt vócem patris sui;*» cosa inútil en mi opinión, pues ya el Señor había decidido de antemano matarles, «*quia vóluit Dóminus occidere eos.*» (*Reyes*, lib. I, cap. II, v. 25). Ahora bien, el Dios de Israel, colérico y celoso, se cansó cierto día del montón de pe-

cadillos cometidos por aquellos hijos, y he aquí lo que imaginó para castigarles. Empeñó á su pueblo, á quien tanto amaba, en una terrible batalla, en la cual, venciendo los filisteos por orden suya, pasan á cuchillo á 30,000 judíos que no habían dormido con nadie, se apoderan del Arca de la Alianza y matan á los dos hijos de Helí, para enseñar á los otros indudablemente que es expuesto interpretar demasiado literalmente el precepto divino: «Creced y multiplicaos.»

Considérese bien este encadenamiento de la justicia divina: después de aquel caso y de las amonestaciones en un todo fraternales dirigidas á su querido pueblo, he ahí que ese Dios, tan chusco en sus caprichos, busca camorra á los pobres filisteos á quienes detesta porque retienen su arca, y á quienes no se dignó defender en un día de peligro, y los castiga con horribles hemorroides, que, atacando las partes más vergonzosas de sus cuerpos, les pudre los traseros... «*Percutiebantur in secretione parte nátium.*» (*Reyes*, lib. I, cap. V, v. 12).

¡Grande fué, ciertamente, la consternación de aquellos idólatras! Pero, ¿qué pensáis que hicieron para librarse de aquella horrible dolencia?... Reúnen buenamente á sus sacerdotes y profetas, y según consejo de los mismos entran en componendas con el Padre eterno, que, mediante la devolución de su caja cuadrada y de un regalo de *cinco anos de oro*, calma su enfurruñamiento y les libra del azote. «*Hi sunt autem ani aurei, quos reddiderunt Philistiim pro delicto, Domino: Azotus unum, Gaaa unum, Ascalon unum, Cette unum, Accaron unum.*» (*Reyes*, lib. II, cap. VI, v. 17).

Gracias á los progresos de las ciencias y á la habilidad de nuestros médicos, no hemos de recurrir, cuando nos aflige semejante accidente, á tan costoso, pero eficaz medio, como todos saben; si una ofrenda de tal género ha caído hoy día en desuso, nuestros esculapios

no descuidan formular algunas de sus memorias sobre el precio que pueden tener cinco anos de oro:

Auri sacra fames!

Esta anagogia debe enseñarnos, dice el prior de Sombreval, que no basta á un padre ser bueno en sí mismo sino trabajar para hacer buenos á sus hijos; que Dios venga por las más inconcebibles vías las injurias hechas á las cosas santas por el mismo abandono de lo más santo; que nada le irrita tanto como el pecado de los sacerdotes; que sólo protege, en fin, á quienes le veneran, y que sólo reserva la gloria á quienes se hacen dignos de él.

Página 20, n.—«La bestialidad del Apocalipsis, que tiene 666... en la frente.»

La ciencia de los números no es un ensueño. Escuchad lo que San José dice en el *Apocalipsis*, versículo 18, número innoble, capítulo 13, número fatal: «*Qui habet intellectum computet numerum bestiæ; numerus enim hominis est; et numerus ejus sexcenti sexaginta-sex.*» «Que quien tenga inteligencia cuente el número de la bestia, pues su número es el número de un hombre.»

Los católicos y los protestantes, dice Voltaire (*Diccionario filosófico*, art. *Apocalipsis*, sec. II), han explicado el *Apocalipsis* en su favor; y cada uno ha encontrado muy justo lo que convenía á sus intereses. Han hecho especialmente, maravillosos comentarios sobre la gran bestia de siete cabezas y siete cuernos, con pelo de leopardo, pies de oso, fauces de león y fuerza de dragón; y era preciso para vender y comprar tener el número de la bestia, y este número era 666.

Bossuet cree que esta bestia era evidentemente el emperador Diocleciano, hecho de su nombre un acróstico. Grocio creía que era Trajano. Un cura de San Sulpicio, llamado La Chetardie, conocido por sus extrañas aven-

turas, prueba que la bestia era Juliano el Apóstata. Jurieu demuestra que la bestia era el Papa. Un predicador ha demostrado que es Luis XIV, descomponiendo el número seiscientos sesenta y seis de la manera siguiente:

L	50
V	5
D	500
O	0
V	5
I	1
C	100
V	5
SUMMA	666

Las cifras romanas forman, dice, una palabra, cuyas cifras árabes son la designación numérica y mística; pues, adicionadas, dan el número 18, y juntas el número de la bestia.

Página 28.—«Aunque los fenómenos de la electricidad no fuesen conocidos en aquellos remotos tiempos.»

Thales, de Mileto, ciudad de Jonia, donde nació hacia el año 640 antes de la era vulgar, observó antes que nadie los efectos maravillosos del imán y del ámbar ó succino sobre los cuerpos ligeros, que atraen cuando se les frota. Este fenómeno extraordinario no llamó la atención de los antiguos; distaban mucho de suponer que fuera resultado de un poder muy difundido y notabilísimo, y transcurrieron más de dos mil años antes de que se convirtiera en objeto de una seria meditación. Hasta el siglo XVII no probó el experimento de un médico inglés que el azufre, todas las resinas y multitud de otras substancias poseen también la propiedad de la repulsión y atracción.

En los comienzos del siglo XVIII Hawsbie reconoció

la misma virtud en un globo de vidrio hueco, que hacía rodar alrededor de su eje, mientras el físico Gray aplicaba sus experimentos á los hombres, por medio de cuerdas de seda, en las cuales los suspendía, y un tubo de vidrio electrizado que mantenía cerca de los pies.

Varios sabios franceses, alemanes é ingleses, han ensanchado el dominio de la electricidad con multitud de experimentos curiosos y sorprendentes, y las investigaciones sobre esta materia han llegado tan lejos que se ha logrado saber que la sacudida eléctrica puede, sin experimentar el menor retardo, ser conducida hasta más allá de 12,000 pies, con mayor rapidez que lo que emplearía el sonido para recorrer la misma distancia.

El fluído eléctrico es de una sutilidad enorme; penetra enteramente los cuerpos, y su acción sobre ellos es tan vigorosa, que es capaz de aniquilar á los animales.

Esos fenómenos y tantos otros de la misma naturaleza, han dividido á los físicos de todas las épocas en la cuestión de saber si habían de atribuirlos á una materia *efluente, que sale del conductor y del vidrio frotado*, ó bien á una materia *afluente, esparcida en la atmósfera y que repara las pérdidas de aquellos dos agentes*. En fin, hacia mediados del siglo último, surgió un hombre que, por sus meditaciones profundamente filosóficas demostró claramente la distinción de esas dos especies de electricidad, y las designó con las denominaciones de *positiva*, ó de la condensación del fluido eléctrico en un cuerpo ó en sus superficies, y de *negativa*, que es en todos los cuerpos la rarefacción de ese mismo fluido que contienen naturalmente. Los sabios experimentos le hicieron concebir la idea de que el rayo es un fenómeno eléctrico, y á él también debemos el inmortal descubrimiento de los pararrayos. Hombre doblemente célebre, por la fuerza de su genio

y por su amor sagrado por la independencia de su país, que tuvo la gloria de aliar con Francia, sus conciudadanos reconocidos grabaron en su busto este verso tan sublime, debido al filósofo economista Turgot:

Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis.

NOTAS SOBRE LA ANELYTROIDE (48)

Se puede, como un español,
Tomar San Pedro por San Pablo.
VASSELIER, el *Apóstata*.

Página 33.—«Una de las fuentes del descrédito en que han caído los libros santos, es las interpretaciones forzadas que nuestro amor propio, tan orgulloso, tan absurdo, tan afín de nuestra miseria, ha querido dar á todos los pasajes que nosotros no podemos explicar.»

Hemos ya hecho observar que Dios, al comunicar con los hombres, se asimila siempre su lenguaje para hacerse asequible á su débil entendimiento. Hoy, que están alejados de nosotros aquellos tiempos dichosos, para comprender el misterio de la palabra divina que Dios ha consignado en el libro sagrado, es preciso, de necesidad absoluta, recurrir desde luego al saber del Espíritu Santo sometiendo su razón á la autoridad de ese libro sublime que no puede fallar; y, en segundo término, estudiar con cuidado, perseverancia y humildad, el carácter, el giro, las propiedades y el genio de una lengua tan antigua como la Naturaleza, y cuyas raíces poco numerosas explican tan maravillosamente la sig-

(48) La *Anelytroide*, que no está cubierto de ningún ropaje; del griego ANELUTROS, formado por la A privativa seguida de la eufónica y de la palabra *Elutros*, derivada de Elutrôo, envolver, recubrir, y, por extensión, *perforación*.